

De lo que pasaba en la casa del señor Tesorero mientras este se ocupaba en cuestiones políticas.

CHIRINOS, fiel á su promesa, y consecuente sobre todo á sus planes de dominacion, negoció con su compañero Salazar la asociacion de Albornoz en el gobierno de la Nueva-España.—Albornoz estaba ligado con Estrada, y este con Zuazo, no por amistad, pues habian dado grandes pruebas de su mutuo aborrecimiento, pero sí por la comunidad de miras, y por la guerra sin cuartel que habian jurado todos á Salazar y Peralmindes.—En consecuencia, Estrada fué el poder llevando como de la mano á sus dos antiguos compañeros.—No tardó en producir sus resultados esta colision de personas igualmente ambiciosas.—Suscitóse una ruidosa disputa acerca de la legitimidad de los poderes.—Hubo juntas donde las declamaciones y los gritos apagaban la voz de la ley, y donde graves personajes, desesperando de los recursos oratorios, se valieron de los denuestos mas soeces, trayendo

la cuestion hasta el extremo de echar mano á las espadas.—Iba á correr sangre, cuando Rodrigo de Paz, pariente de Cortés, depositario de sus bienes, temido y respetado por todos, tomó parte en el asunto, amenazando á los furiosos litigantes; y como era grande su influencia, logró poner sosiego en medio de estas discusiones tumultuosas.—Propuso que se nombrase un juez imparcial á cuyo fallo debia someterse la validez de los poderes.—Era acaso lo mejor; pero el hombre de conciencia, designado para sentenciar en el pleito, sacado precisamente de donde no podia esperarse mas que parcialidad y alevnes intenciones, decidió que todos aspiraban con iguales derechos á *la felicidad de la Nacion*, y que todos cinco, Estrada, Salazar, Chirinos, Albornoz y el mismo Zuazo, debian armonizarse para gobernar juntos los negocios del reino.—Ni un murmullo se levantó contra esta sentencia.—Los gobernadores, obligados de antemano por un juramento, quedaron conformes en la apariencia, y cada cual se retiró con la sonrisa en los labios; mas prometiendo en sus adentros romper de cualquier modo aquel pacto tan opuesto á sus esperanzas..... pero ninguno adivinó que Rodrigo y Zuazo, por encargo de Cortés, los unian á todos para que todos se perdieran.

Espiraba el mes de Marzo de 1525.

Hallábanse reunidos Zuazo, Albornoz y Estrada, en la casa de este último, en una sala extensa, cubierta por ricos tapices y alumbrada apenas por una lámpara de plata.—Fraguaban seguramente ciertos planes relativos á la perdida de Salazar y Chirinos; pero nos vemos precisados á desatender su conversacion, para escuchar otra mas animada, que dos personas sostenian en la puerta que daba sobre la escalera.

—¿No ha venido el Capitan? decia la conocida voz de Andrés Tapia.

—Quedó en verse á las once con mi señor..... replicaba Zapata.

—¿A las once?.....ya dieron...seguramente no vendrá.

—Creo lo mismo; pero si una casualidad.....

—No importa, yo tomaré mis precauciones.—¿Adónde está Doña Luz?

—Está en su alcoba.....pero....

—¿Pero qué?

—Si os encuentran á estas horas, soy hombre perdido. Estrada sospecha que no andais en buenos pasos para con la señora.....

—Lo sé.....¿mas no dices que está con Albornoz?

—Sí.....

—Ea! pues anúnciame.

—Señor! vais á perderme!

—Bribon! pretendes estafarme todavía?

—No es eso, señor..... bastante recibo por mis malos oficios: si me ofrecierais.....

—Qué?.....

—Tomar, como decíais hace poco, algunas precauciones.....digo.....es decir.....qué diablo!.....quien..... un marido es cosa respetable.....y sobre todo, nadie se avergüenza de.....

—Basta; sé lo que quieres decirme, y en este asunto no reconozco superiores..... anúnciame.

Un momento despues de estas palabras, Andrés de Tapia tomaba asiento en una especie de antesala perfectamente iluminada. Nos importa conocer esta pieza: tenia tres puertas: una, la entrada por el comedor; otra en el fondo,

cubierta por una vasta colgadura, y que daba á un gabinete, alcanzía tal vez del señor tesorero, cerrada casi siempre con llave. La tercera puerta, colocada en el costado izquierdo, daba sobre una extensa galería que comunicaba con las habitaciones interiores. Por esta puerta apareció Doña Luz con la mirada ansiosa y el seno palpitante.

Piel tersa, blanca y ligeramente sonrosada, garganta divina, cintura leve, cuerpo elegantísimo, boca seductora, ojos indescriptibles, manos de niña, etc., etc.; tales son los pormenores mas notables de la mujer del tesorero. Su asombro al ver al capitan difundió nuevo encanto en la expresion de su fisonomía.

—¿Sois vos?—preguntó dejando conocer el timbre de una voz angelical, y murmurando poco despues:—¡Dios mio! si llega Medina.....

Tapia se puso en pié, y sin poder disimular su turbacion, adelantó algunos pasos, con la mirada fija en el pavimento.

—Yo soy, señora,—dijo;—sé que os es molesta mi presencia..... que pongo en peligro el justo aprecio con que os mira vuestro esposo, si me sorprende en este sitio..... ó mas bien..... sé que mi vida..... pero mirad.... la vida..... en fin, yo estoy aquí.....

—¡Por Dios, Tapia! si me teneis en algo, si algo valen las súplicas de una mujer que os aprecia..... idos; no esperéis á que salga Estrada..... Por mí..... por lo que mas ameis sobre la tierra.

Los ojos suplicantes de Doña Luz despedían tan dulce brillo, y por sus labios entreabiertos vagaba tal sonrisa irresistible y doliente, que Tapia, tomando su sombrero y lanzando á la dama una mirada melancólica, respondió conmovido:

—Me iré, señora..... sí..... me iré, porque vos lo ordenais; pero escuchad mis últimas palabras: Os amo, os idolatro con locura. Si no me dais una esperanza, sea cual fuere, aunque la aplaceis hasta el fin de los siglos, me estrello el cráneo á vuestras plantas.

—Delirais..... Tapia.....!

—Sí, por vos que sois el fanal de mi ventura; por vos, que, ingrata á mi cariño, inmóvil en presencia de mis lágrimas..... ¡Canario!

Se oyeron pasos precipitados en direccion de la escalera. Doña Luz se hundió en la galería, y Tapia arañaba las colgaduras, cuando apareció Zapata despavorido y exclamando:

—¡Vienen! vienen! ocultáos!.....

—¿Pero quién?..... por dónde?.....

—Medina..... Estrada..... por allí..... pronto..... acordáos de lo prometido.....

—Pero, con mil diablos! ¿adónde me oculto?

—Ahí, mirad;—replicó Zapata empujando al capitán hacia el cortinaje de la puerta. Aquí estais perfectamente cuidado.

Tapia se ocultó sin pronunciar una palabra, porque el valor abandona á los hombres cuando conocen la justicia. El otro volvió á descender por la escalera. En el pasillo dió de bruces contra el capitán Medina.

—¡Eh! zopenco!

—Podeis entrar, señor.....

—¿Estrada?.....

—Está en este momento con el señor contador.....

—¡Zape!... y hace mucho tiempo?

—Hará dos horas.

—No importa. Vigila, y avísame cuando se despidan.

Medina acabó de subir y entró á la misma pieza donde hemos visto á Tapia. Un rostro que no era el de la mujer del tesorero, asomó cautelosamente por la puerta de la izquierda y contempló algunos instantes al capitán Medina, que en pié y en medio de la habitacion, revelaba en su actitud una impaciencia mezclada de temor.

Luz volvió á aparecer tendiendo al capitán su mano agitada por un temblor imperceptible, y recorriendo el aposento con miradas inquietas.

—¡Os habeis atrevido!—exclamó al entrar.

—Sí; me precisa hablaros; no puedo esperar por mas tiempo, y he aprovechado esta ocasion.....

—Esperad un momento.....—respondió Luz señalando un sitial á Medina;—y dirigiéndose á la puerta gritó:

—Zapata!

—¿Mandais algo, señora?

—¿Salió Tapia?

—Sí, señora.

—¿Por dónde?

—Por la escalera del jardín.

—¿Le vió Medina?

—No, señora.

—¿Se fué ya el contador?

—No, señora.....

—Basta!... no os alejeis de este lugar, y avisadme.....

Cuando Zapata vió que Doña Luz entraba cerrando tras de sí la puerta, exclamó:

—¡El cielo me valga! no hay duda que tendremos una de Tirios y Troyanos..... y ¿qué será de mí si se encuentran esos caballeros feroces?..... y como ambos me pagan,

y ambos me han amenazado..... Jesus!... ni pensarlo..... pero no, ambos se temen..... pero Tapia! ese Tapia!..... que sin duda presenciara.... Ea! si escucho el principio de la danza, tiempo tengo para escaparme.

—No, Medina,—decia entretanto Doña Luz al capitán de este nombre;—lo que exigís de mí es una cosa horrible; os he dicho ya que no puedo complaceros, porque apareceria odiosa á vuestros ojos. Os he sacrificado mi dulce tranquilidad de esposa; ¿quereis que os sacrifique mi alma?... ¿quereis hacerla descender de las regiones puras donde se ha remontado con vuestro amor, para hundirse en el cieno de negras traiciones? No, Francisco..... no puedo aceptar el vil oficio que teneis la crueldad de proponerme.

—Tomais las cosas al repelo.....

—¿Pues cómo quereis que traduzca vuestras palabras? ¿no es una perfidia sin igual acariciar á un hombre, seducirle, hacer que deposite en mi seno sus mas íntimos secretos, de los que pende su fortuna y tal vez su existencia, y despues venderlos á sus enemigos?..... Ah!..... y vos quereis eso, y quereis que yo sea..... ¡Dios mio!..... nunca..... me lleno de horror solo al pensarlo.....

—¿Me amais?

—¿Y tú me lo preguntas, Medina?

—¿Me amais?

—¿Lo dudas?

—¿Me amais?

—¡Cielos! por qué me miras de ese modo?

—Necesito una respuesta.....

—¡Te adoro!....

—Necesito una prueba.

—¡Ah!.... presiento lo que vais á pedirmepero esa

no seria prueba de amor, sino remate de mi infamia.....

—¡Por el rabo de!..... persistís en creer que os propongo una infamia?..... aunque lo fuera; pedidme á mí una cosa semejante, peor; crímenes, negruras satánicas, pero que puedan aprovecharos de cualquier modo, y vereis si no vendo el honor, y la vida, y la salvacion eterna por serviros..... Y es que os amo, Luz, de una manera inexplicable, inmensa, inaudita. En mí, llenais con vuestra imagen pura los ámbitos de un vacío inmenso que, sin vos, ¡ay de mí! se llenaria de horror y de sombras.....

El rostro hermosamente horrible de Medina se ciñó con resplandor siniestro al pronunciar estas palabras. Algo afilado, traidor, feroz, amenazó desde sus pupilas á la jóven, que retrocedió amedrentada.

—Sí, ó nó;—añadió Medina despues de un rato de silencio.

Luz, movida bruscamente por aquella severa intimacion, se sorprendió primero; despues, dulcificando su semblante, y colocando sobre el corazon la mano de Medina, dijo:

¿Te empeñas en atormentarme? Quiéres que tambien se llene con sombras la parte no profanada de mi alma, donde guardo, como la vida, tu cariño?

—Alerta!—gritó á este tiempo, casi en sus oidos, la voz vigilante de Zapata.

Medina dió un salto; Doña Luz oprimió con fuerza la mano que tenia entre las suyas, y quedó como el mármol.

—¡Vienen hácia aquí!—volvió á decir Zapata con el trabajo de un agonizante;

En efecto, varias voces y muchas pisadas resonaban por el extremo del corredorcillo.

—Ocultáos aquí,—dijo Doña Luz á Medina señalando la puerta del gabinete, y rozando con la extremidad de su mano, el fleco de las colgaduras.

Medina permaneció inmóvil.

—¿Qué haceis?—añadió Doña Luz.

—Ya lo veis, quedarme sentado.

—Medina..... por el cielo! aventuráis un lance.....

—A nadie temo.

—Daremos un escándalo..... habeis roto con Estrada, y no hay pretexto que baste á disculparos.....

—Nada importa.

Los pasos eran mas cercanos.

—¡Dios mio! qué hago!—decia Doña Luz casi á los piés del capitan;—¡por compasion! no queráis hacer pública mi deshonra.

—¿Os empeñais?

—Por las cenizas de vuestra madre!.....

—Entonces, responded á la pregunta que os he hecho.

—Yo.....

La puerta de la entrada se abrió entonces ligeramente, y asomó el brazo de Zapata, que no pudiendo hablar ya, ponía en las contorsiones de su mano, la horrible impaciencia que se agitaba en su pecho.

Luz, verdaderamente mortal, cayó de rodillas implorando la compasion de Medina.

—Sí, ó nó!—volvió á decir este con una calma superior al peligro que les amenazaba.

—Sí! sí! todo lo que gustéis,—gritó Luz;—pero venid... venid pronto.....

—No me engañais por el temor?

—No!..... os lo juro!

—Bien,—dijo Medina levantando una punta del cortinaje;—temedlo todo si os burlais de.....

—Entrad!.....

Medina se ocultó, Doña Luz huyó por la galería con el vuelo silencioso de las aves nocturnas.

Ya era tiempo. La puerta se abrió de par en par, y apareció el señor tesorero, seguido de Albornoz y de Zuazo.

—Ja! ja! ja! vaya un lance gracioso!—Exclamaba este último, cual si el espíritu maligno que presidió sin duda las escenas anteriores, acomodase estas palabras á la angustiada situacion de nuestros personajes.

—¿Os da risa, señor licenciado?

—Cómo no! con razon está el hombre que le sale fuego por los ojos..... ja! ja! ja! pobre señor Chirinos! la llevó como una corona de amapolas.....pobre señor Chirinos!.....pero quereis explicarme.....finge tan bien esa diablo de mocozuela, ó Chirinos ignora por ventura que la voz de Isabel es mas armoniosa que la de Sara?

—Bah! replicó Albornoz; y ¿quién pone cuidado en ligeras diferencias musicales, cuando el vapor de Baco se le ha subido á las narices?

—Y el del amor,—añadió Estrada;—qué mas quereis? con eso basta.....

—Hola!—dijo Zuazo,—conque el señor veedor iba con la cabeza al aire.....pues cómo pudo.....

—Cómo?—repitió Estrada,—cómo?—perfectamente: la chispa no quita los recuerdos, y si es ligera, no desvanece los juramentos.

—Oh! oh!! este Fray Roque es un portento, camaradas. En fin, debe ser media noche, y será prudente que nos retiremos. Dadme los legajos.....

—Bien..... Zapata!

—Señor!

—Pedid á Doña Luz las llaves de mi escritorio.

—La señora se ha recogido.

—Ved si las ha dejado en el armario.

Zapata se dirigió á las piezas interiores, mientras Estrada, tomando una luz del candelabro, se colocó á dos pasos de las cortinas. Iba á levantarlas seguramente, cuando apareció de nuevo Zapata, diciendo:

—No están, señor.

—Ea!—dijo Zuazo;—dejémoslo para mañana. Os enviaré temprano á Gil Rodezno.

—Sea.

Dicho esto, los señores se despidieron, y bajaron, guiados por Zapata que tomó la luz de manos de Estrada. Este siguió paso á paso por el corredor, hasta perderse por su fondo.

Que por epígrafe llevará esta sentencia: "Quien tal hace,
que tal pague."

MOLVAMOS ahora adonde quedan Medina y Andrés Tapia.—Cuando este, despues de haber presenciado la lucha que sostuvo Doña Luz, vió que Medina, por una casualidad inesperada, vino á ocultarse al mismo sitio donde él se hallaba tan seguro, quiso meterse por la puerta que tenia á la espalda, pero fué imposible, y hallóse frente á frente con D. Francisco de Medina.

Al vago reflejo que atravesaba las cortinas, se vieron y creyeron comprenderse. Guardaron profundo silencio hasta que el eco de los lentos pasos de Estrada se hubo extinguido completamente. Entonces una mano de Tapia rozó por acaso la de Medina, y las dos manos se estrecharon en la oscuridad, enroscándose con la fuerza de una cólera contenida.

—Esperad!—murmuró Tapia;—todavía no.

Y cada uno, con los ojos horriblemente fijos en los del contrario, y abiertos los oídos para recoger el mas mínimo